

Érase una vez un rey y una reina que vivían muy felices, pero anhelaban tener hijos. Después de muchos años de espera, la reina dio a luz a una hermosa niña y todo el reino los acompañó en su felicidad. Hubo una gran celebración y las hadas del reino fueron invitadas. Pero el rey olvidó invitar a una de ellas. Muy resentida, el hada olvidada se presentó al palacio.

Pronto, llegó el momento en que las hadas le entregaban a la pequeña sus mejores deseos:

—Que crezca y se convierta en la mujer más bella del mundo —dijo la primera hada.

—Que cante con la más dulce y melodiosa voz —dijo la segunda hada.

—Que siempre se comporte con gracia y elegancia —dijo la tercera hada.

—Que sea bondadosa y paciente —dijo la siguiente hada.

**Cada una de las hadas, colmaron
a la niña de hermosos deseos
hasta que llegó el turno del hada
que el rey olvidó invitar:**

**— Cuando la princesa cumpla
dieciséis años, se pinchará el
dedo con una aguja y ese será su
final —dijo con todo el
resentimiento que su corazón le
permitía albergar en sus
palabras.**

**El rey, la reina y todo el reinado
estaban atónitos, le suplicaron al**

hada que los disculpara por no haberla invitado y se retractara de lo que había dicho, pero el hada se negó a ambas propuestas.

Había una última hada que faltaba por presentar su deseo. Queriendo ayudar a la pequeña, le dijo al rey y a la reina:

—No puedo deshacer las palabras pronunciadas, pero puedo cambiar el curso de los eventos: la princesa no morirá cuando su dedo se pinche con la

aguja, pero caerá en un sueño profundo durante cien años. Entonces, un príncipe vendrá y la despertará.

Al escuchar esto, el rey y la reina se sintieron mejor. Pensando que existía la manera de detener el destino, el rey prohibió a todos los habitantes del reino utilizar agujas.

La princesa creció y se convirtió en una niña amable y de dulce corazón. Cuando cumplió sus

dieciséis años, vio a una anciana coser:

—¿Puedo intentarlo? —le preguntó.

La anciana le respondió:

— ¡Por supuesto, mi pequeña niña!

La princesa tomó la aguja e intentó enhebrar el hilo. En ese preciso momento se pinchó el dedo y cayó en un profundo

sueño. La anciana, que era en realidad el hada resentida, la llevó de regreso al palacio y el rey y la reina la acostaron en su cama.

El reino que antes los había acompañado en la felicidad, los acompañó en la desgracia; todos cayeron en un profundo sueño.

Pasaron cien años. Un día, por cuenta del destino, un príncipe llegó al palacio. Él no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: los guardas, sirvientes, gatos y

**hasta las vacas dormían y
roncaban.**

**Al acercarse a la princesa, pensó
que ella era el ser más hermoso
del mundo y le plantó un beso en
la mejilla. Inmediatamente, la
princesa se despertó y junto con
ella, el rey, la reina, los guardas,
los sirvientes, los gatos y hasta
las vacas abrieron sus ojos.**

**El príncipe y la princesa se
casaron y vivieron felices por
siempre.**

